

Facultad de Trabajo Social
Universidad Nacional de La Plata
Curso Introductorio 2011

UNIVERSIDAD, ESTADO Y SOCIEDAD

Adrián Celentano
Profesor Titular de Historia Socioeconómica de América Latina y Argentina

Presentación: Universidad, estado y sociedad

Como un modo de comenzar a sentirnos partícipes de la actividad universitaria, en las páginas que siguen reflexionaremos sobre la manera en que históricamente se produjo en Latinoamérica, y más específicamente en la Argentina, la relación entre universidad, sociedad y estado. Para comenzar, consideraremos que la universidad es una institución estatal, resultado de las relaciones entre distintos sectores sociales que entran en juego dentro y fuera de sus aulas. Asimismo, nuestra priorización del abordaje histórico nos llevará a detenernos tanto en la práctica política democrática de los actores que conforman la universidad (docentes, estudiantes, graduados, no docentes, etc.) como en la relación de la universidad con el conjunto contradictorio de la sociedad.

En la primera parte del texto, analizamos los motivos por los que no es obvio ni natural el modo en que actualmente los distintos actores universitarios se comportan en ese ámbito. En la segunda parte, introducimos los temas centrales que atravesaron –y la mayoría de ellos lo continúan haciendo– los debates universitarios. A continuación, analizaremos las propuestas de tres autores sobre la universidad argentina y de *Nuestra América*. Se trata de planteos que nos conducirán a privilegiar los momentos en los que la vida académica sufre intensas renovaciones; en ese sentido, nuestras reflexiones atienden al período reciente, pero se concentra en el período fundacional abierto por la Reforma de 1918 y en la década del '60.

I

Dos jóvenes se inscriben la Universidad Nacional de La Plata (UNLP), llegan y –como es obvio– no se encuentran con todos sus compañeros y compañeras de la escuela secundaria, parece obvio pero no lo es: no todos los miembros de la sociedad entran a la universidad, a ella ingresa una parte, aquellos que tienen además de la voluntad, los recursos materiales y simbólicos para hacerlo, a pesar de que la universidad sea gratuita. La gratuidad tampoco es obvia, todos los argentinos pagan impuestos, con los que se sostienen las sillas, las aulas, las

bibliotecas, los laboratorios donde trabajamos y estudiamos. Varias veces intentaron arancelar los estudios y varias veces fue necesario defender esa gratuidad.

Los dos estudiantes toman caminos diferentes, supongamos, uno se dirige a la Facultad de Medicina, el otro a la Facultad de Trabajo Social. Ambos asisten a “cursos de ingreso” de la misma UNLP, pero mientras que el curso de Trabajo Social asegura al estudiante su acceso a la carrera, pues tiene un carácter *formativo* y *no eliminatorio*, el curso de Medicina es *restrictivo* y *excluyente*. Esta diferencia nos muestra, entre otras cosas, que no es obvia, ni natural la condición de miembros de la universidad. Más bien, es resultado de múltiples decisiones tomadas por el gobierno universitario, de decisiones políticas que nos afectan -en diverso grado- desde el primer día de clase.

Sin duda, la responsabilidad de esta realidad (la desigualdad social entre aquellos y aquellas que no ingresan a la universidad, las diferencias entre facultades y carreras) excede la voluntad de cada estudiante que ingresa a la UNLP. Se trata de una responsabilidad colectiva, social, que es *producto*, y también *productora*, de una historia, la historia de la sociedad argentina, de sus conflictos, de los modos en que ella ha llegado a tener un sistema universitario como el vigente. Aparentemente, el sistema universitario vigente es exterior a cada individuo (como los ingresantes que imaginamos arriba), pero la exterioridad se desdibuja cuando consideramos que ese sistema transforma a los actores que en él ingresan. Así, en la medida en que nos integramos y nos pensamos en la universidad, nos volvemos productos y productores de esta historia.

Descubrimos así que no es casual el vínculo entre la formación de la Facultad de Trabajo Social y la historia de la universidad argentina, en especial de la UNLP. Y es menos casual que el crecimiento y consolidación de la FTS de los últimos años se desenvuelva en una sociedad cuya “cuestión social” presentada por la demanda popular organizada sea ineludible para la agenda pública. Por último, pero no menos importante, debemos tener en cuenta que las prácticas que ese mentado ingresante lleve adelante durante su formación condicionarán fuertemente el tipo de estudiante universitario y profesional de Trabajo Social que terminará por ser.

II

En términos generales, por lo menos desde fines de siglo XIX y en especial desde 1918 se ha disputado, dentro y fuera de las casas de altos estudios, cómo debe ser la enseñanza superior. Esta discusión está compuesta por varios temas relacionados entre sí, para aproximarnos a ellos diferenciaremos dos planos.

Por un lado, pueden distinguirse las grandes cuestiones referidas a la universidad como institución educativa. En primer lugar, el sistema de gobierno, llamado “cogobierno” de los representantes elegidos por docentes, estudiantes, graduados y no docentes de la universidad y

la preservación de la autonomía respecto del Estado del cual se depende para el financiamiento. Segundo, la renovación de los métodos de enseñanza e investigación, y la selección por concurso de los profesores. Este mecanismo es sumamente importante, pues es el encargado de garantizar la excelencia académica, o sea renovar el conocimiento para evitar la repetición dogmática, ampliar la participación de nuevas ideas y evitar el monopolio ideológico o partidario del saber. Una tercera cuestión es la promoción de la aplicación del conocimiento científico-técnico a la producción, y -en especial- su extensión a la sociedad en su conjunto, extensión entendida como una “acción emancipatoria” -según nos propone Argumedo- que colabora con los sectores subalternos, valorando su cultura y sus saberes para ampliar su autonomía.

Por otro lado, el segundo plano contendría el debate sobre la relación entre la universidad y la sociedad, específicamente con sus modelos políticos y socioeconómicos vigentes. Pues aclaremos que, desde ya, la situación de la educación superior no es la misma cuando el aparato estatal es controlado por una dictadura militar (como es el caso argentino entre 1976 y 1983) o por un sistema democrático (desde fines de 1983 hasta la actualidad).

Una de las cuestiones en discusión es la relación concreta entre el método de enseñanza e investigación, por un lado, y el modelo económico vigente, por el otro: ¿cuál de los componentes de la relación debe privilegiarse? ¿Debe subordinarse el primero a las necesidades de las grandes empresas locales o extranjeras? ¿O, en su asignación de recursos financieros, la universidad debe priorizar otros sectores sociales?

Al respecto, debemos tener en cuenta que las decisiones sobre lo científico pertenecen al ámbito de la ciencia; sin embargo, las definiciones también son el resultado de prácticas políticas de quienes trabajan científicamente. De allí que la vida política de la universidad podría ser de un acuerdo general, pero veremos que históricamente se parece más a un desacuerdo. Y esto a pesar de que tanto en las ciencias “exactas” como en las “humanísticas”, hay un plano en el que todos coincidimos: damos clases, tomamos o rendimos exámenes, investigamos, escribimos, publicamos revistas y libros, construimos relaciones con otros investigadores, etc.

Buena parte de la historia de la universidad precisamente es una historia porque tiene discontinuidades que permiten visualizar cómo las transformaciones en la educación se relacionan con el orden social vigente. La actividad universitaria queda orientada, lo repetimos, a tareas de docencia, investigación y extensión, en una institución que es simultáneamente científica y masiva. En efecto, tales orientaciones o funciones están atravesadas históricamente por la relación entre lo que aquí llamaremos *lo político*, que incluye todo aquello ordenado institucionalmente, en especial legalmente, con el objetivo de asegurar la continuidad de esas prácticas y las partes que lo integran, y lo que distinguimos como *la política*, o sea aquellas prácticas de los actores que colectivamente debaten sobre el sentido de la universidad,

promueven sus cambios educativos y pugnan por modificaciones en su relación con la realidad conflictiva de nuestra sociedad.

1. Breve apunte sobre historia universitaria

En la década del '80, el intelectual uruguayo Ángel Rama señaló que desde la conquista española los letrados ocuparon un lugar especial en el sistema de dominación: ellos organizaban la letra, es decir, el código principal para la comunicación. Para ello, disponían de amplios recursos materiales otorgados por la administración colonial, que se concentraba en la extracción de las riquezas aztecas.¹ La masa de recursos humanos y naturales extraídos de América y África contribuyó a la acumulación originaria, una condición básica para la formación del capitalismo.²

Así, en términos de Rama, la *ciudad colonial* tenía en su seno a la *ciudad letrada*. En México (llamado desde el siglo XVI “Nueva España”), el gobierno colonial estaba ligado a otra institución, la Iglesia, que controlaba otro código fundamental, el código religioso. Del control de ambos códigos estaban excluidas las masas indígenas y campesinas que trabajaban en las tierras y las minas. Para reproducir esos códigos, el “Nuevo Mundo” necesitaba instituciones especiales, entre ellas, las Universidades.³ Así, se fundaron la Universidad Mayor de México, la Universidad Mayor de San Marcos, en Perú y, más al sur, la de Chuquisaca y la de Córdoba, regida ésta por los jesuitas. En otras administraciones coloniales, como en Brasil el control de la formación de letrados siguió centralizado en la metrópoli, Portugal, o en la Iglesia.⁴

A fines del siglo XVIII, la *ciudad letrada* se conmociona. Las diversas insurrecciones americanas y los efectos de la revolución francesa terminan por converger, y un sector intelectual se integra en las lucha emancipatorias. Entre ellos, se destacan, en el ámbito rioplatense, Mariano Moreno y, en la capital mexicana, los curas y letrados Hidalgo y Morelos, quienes se ponen al frente de esas masas campesinas que, aunque derrotadas, fueron parte sustantiva de la batalla contra la dominación española.

La letra y la palabra eran relevantes para los graduados en Chuquisaca, como Moreno, y también para las nuevas elites que encararon la organización política de los nuevos estados. De

¹ Rama, Ángel, *La ciudad letrada*, Montevideo, Arca.

² Wallerstein Immanuel, *El moderno sistema mundial*, Siglo XXI, 1979.

³ Buchbinder, Pablo, *Historia de las universidades argentinas*, Buenos Aires, Sudamericana, 2005.

⁴ En lo que respecta a Europa, en el siglo XVII, en muchas áreas, no existían aún universidades. En donde las hubo, éstas fueron centros de preservación de la cultura y de formación de administradores o funcionarios, pero también focos de agitación cultural del que salían con frecuencia impugnaciones como la Reforma Protestante. En las universidades, circulaban ideas que cuestionaban el orden político medieval; entre ellas se destaca el contractualismo, pues esta teoría política cuestionaba el fundamento religioso de la política, para proponer el “pacto social” como fundamento racional y humano del orden político.

allí que en 1821, se funde la Universidad de Buenos Aires (UBA). Impulsado por el grupo rivadaviano, este ambicioso proyecto de modernización de la educación sufrió las limitaciones de las guerras civiles y el régimen rosista, a pesar de ellos logró formar en su seno las carreras de Derecho, Medicina y Economía Política, entre otras.⁵

Recién a mediados del siglo XIX se consolidan en Latinoamérica los estados nacionales y gracias a las transformaciones de la industria, el comercio internacional y la técnica a ellos asociados, se anuda el vínculo con la arrolladora expansión del capitalismo y del colonialismo. Nuestras elites políticas e intelectuales impulsan la inserción de la nación en el mercado mundial a través de la colocación de la Argentina como exportadora de materias primas (lana y cereales, luego carne) y compradora de productos manufacturados europeos. Por supuesto que el control de las fuerzas productivas de la expansión exportadora permaneció en manos de las familias terratenientes, una constante que se inicia con la independencia y se consolida con la mal llamada “campaña del desierto”.

Asimismo, la inserción en el mercado mundial requiere de la unificación del territorio bajo un estado-nación, centralización que en el caso del estado-nación argentino –como en casi toda Latinoamérica- deja para un lejano futuro la integración de los negros, criollos e indios que sobrevivan, y consecuentemente recurre a la masa aluvional de inmigrantes para abastecerse de fuerza de trabajo rural y urbana.

El personal político a cargo del estado respondía a los intereses de la “oligarquía”, ese pequeño grupo de familias patricias y terrateniente, pero pronto el crecimiento económico requirió de nuevos integrantes que disputarán el control del orden político. El personal del estado-nación debía ser capaz de administrar la expansión productiva en el campo y la ciudad; definir el sistema de transportes que unificara la circulación de mercancías; orientar las obras públicas (puertos, puentes, etc.) y la construcción de nuevas ciudades, como La Plata; renovar la totalidad del aparato jurídico y legal del país. Se trata de actividades que requerían de profesionales y cuadros capacitados para alcanzar el deseado avance de la modernidad europea en estas pampas. Simultáneamente, la acumulación de riquezas fue acompañada de la construcción del sistema de instrucción, condensado en la ley 1420 de educación pública, laica, gratuita y obligatoria. Una educación que al ser controlada por el estado nacional, separaba las aulas del control eclesiástico y buscaba con ello garantizar la primacía de la ciencia. De ahí que hablar de lo gratuito y lo estatal como sinónimos sea, por cierto, una cuestión histórico-social.

La hegemonía de las ideas liberales mostraba sus representaciones sobre el rol de los sectores populares cuando Alberdi afirmaba “Haced pasar el roto, el gaucho, el cholo, unidad elemental de nuestras masas populares por todas las transformaciones del mejor sistema de instrucción; en cien años no haréis de él un obrero inglés que trabaja, consume, vive digna y

⁵ Halperin Donghi, Tulio, *Historia de la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, EUDEBA, 1962.

confortablemente”.⁶ Sin embargo, la exigencia real del desarrollo del modelo primario exportador impuso otro camino, que ya se advierte en los debates sobre la educación en el Congreso Pedagógico Nacional en 1882. La cuestión de los modos de “educar al soberano” se volvió una constante, que más tarde se prolongó sobre la formación de los sistemas medio y superior.⁷

En este marco, la llamada Ley Avellaneda es la primera que el estado argentino promulga sobre la universidad. Se trata de una ley breve (compuesta de sólo cuatro artículos), que mediante un contenido muy flexible busca facilitar el impulso de ese nivel educativo aún no desarrollado. Ella fue diseñada por Nicolás Avellaneda, un político que representa a una fracción de las clases dominantes más atenta a las transformaciones requeridas por el orden liberal para reproducirse y ampliarse.⁸

⁶ Alberdi, Juan Bautista, *Bases y puntos de partida para la organización nacional de la república argentina*, cap. XV, (varias ediciones)

⁷ Tedesco, Juan Carlos, *Educación y sociedad en Argentina*, Buenos Aires, CEAL.

⁸ El texto es tan sintético como claro en los núcleos del debate histórico de la cuestión universitaria en nuestro país, hasta que el proceso reformista imponga nuevas cuestiones. Transcribimos a continuación el texto completo, destacando en negrita los conceptos y mecanismos más relevantes. Notemos, entre otras, a) el nivel de independencia otorgado por el Poder Ejecutivo a los Consejos Superiores para designar sus estatutos, pero la concentración de poder sobre las designaciones y el financiamiento, b) la condición de representante que tiene el rector respecto de la comunidad universitaria, identificada con las Facultades c) el peso del sector profesoral en el gobierno. “Ley 1597. Art. 1º. El **Poder Ejecutivo** ordenará que los **Consejos Superiores** de las Universidades de Córdoba y de Buenos Aires, dicten sus **estatutos** en cada una de estas Universidades, subordinándose a las reglas siguientes: 1. La Universidad se compondrá de un rector, **elegido por la Asamblea Universitaria**, el cual durará cuatro años, pudiendo ser reelecto; de un **Consejo Superior** y de las **Facultades** que actualmente funcionan, o que fuesen creadas por leyes posteriores. La Asamblea Universitaria es formada por los **miembros** de todas las Facultades. 2. El **Rector** es el representante de la Universidad; preside las sesiones de las Asambleas y del Consejo; y ejecuta sus resoluciones. Corresponde asimismo al Rector el puesto de honor en todos aquellos actos de solemnidad que las Facultades celebren. 3. El **Consejo Superior** se compone del **Rector**, de los **decanos** de las Facultades y de **dos delegados** que éstas nombren. Resuelve en la última instancia las cuestiones contenciosas que hayan fallado las facultades, fija los derechos universitarios con la aprobación del Ministerio de Instrucción Pública, y dicta los reglamentos que sean convenientes y necesarios para el **régimen común de los estudios** y disciplina general de los establecimientos universitarios. 4. **Cada Facultad** ejercerá la jurisdicción política y disciplinaria dentro de sus institutos respectivos, proyectará los **planes de estudios** y dará los certificados de exámenes en virtud de los cuales la Universidad expedirá exclusivamente los **diplomas de sus respectivas profesiones científicas**, aprobará o reformará los programas de estudios presentados por los profesores, **dispondrá de los fondos universitarios que le hayan sido designados** para sus gastos, rindiendo una cuenta anual al Consejo Superior, y fijará las condiciones de admisibilidad para los estudiantes que ingresen en sus aulas. 5. En la composición de las Facultades entrará por lo menos una **tercera parte de los profesores** que dirigen sus aulas correspondiendo a la facultad respectiva el nombramiento de todos los miembros titulares. Todas las Facultades tendrán un número igual de miembros que no podrá exceder de quince. 6. Las cátedras vacantes serán llenadas en la forma siguiente: la **Facultad respectiva votará una terna** de candidatos que será pasada al Consejo Superior, y si este la aprobare será elevada al Poder Ejecutivo quien designará de ella el profesor que deba ocupar la cátedra. 7. Los derechos universitarios que se perciban, constituirán el “fondo universitario”, con excepción de la parte que **el Consejo Superior asigne, con la aprobación del Ministerio para sus gastos y para los de las Facultades**. Anualmente se dará cuenta al Congreso de la existencia e inversión de los fondos. Art. 2º. Los Estatutos dictados por los Consejos Superiores con arreglo a las bases anteriores serán sometidos a la aprobación del Poder Ejecutivo. Art. 3º. La **designación de los profesores** se hará por el Poder Ejecutivo, a propuesta de las Facultades respectivas. Art. 4º. Comuníquese, etcétera. 25 de junio de 1885.”

Hacia fines del siglo XIX, la elite política toma la iniciativa para crear nuevas universidades, como lo muestra la fundación de la Universidad del Litoral en 1880, la de La Plata, creada en 1897 como provincial y nacionalizada en 1905, y la de Tucumán en 1912.⁹ En efecto, los grupos de poder de las provincias beneficiadas por el modelo primario exportador, necesitan instituciones para formar administradores y, a la vez, las universidades les permitían incorporar las demandas de los sectores medios ilustrados, que pugnaban por convertir “institutos superiores”, “museos”, “escuelas superiores” y carreras varias en las bases de universidades locales.

2. Por la ciencia y por la patria

Hacia comienzos del siglo XX, la Universidad de La Plata permanecía limitada, casi paralizada, por la falta de apoyo estatal y de acuerdos reales para sus actividades. Esa situación comienza a modificarse cuando, entre 1903 y 1906, las protestas de los recién formados centros de estudiantes de Ingeniería, Medicina y Derecho de la UBA desestabilizan el orden establecido en la universidad porteña.¹⁰ Entre la elite gobernante, las protestas producen una gran preocupación: la elite teme la posibilidad de que esos descontentos converjan con los reclamos de la creciente Unión Cívica Radical (UCR) en torno de la implantación del respeto a la voluntad popular.¹¹ Para 1905, más de un tercio de la población estaba compuesta por inmigrantes incorporados al crecimiento económico y urbano, pero excluidos del ámbito político.¹² Estos inmigrantes pasarán a formar parte de los emergentes sectores medios, que encontrarán un modo de expresarse a través de la creación de ámbitos partidarios (UCR y Partido Socialista Argentino) y educativos propios.¹³ En lo que respecta a las universidades, no extraña entonces que se inicie hacia comienzos del siglo XX una pugna por la ampliación del acceso a las profesiones liberales, acceso que había comenzado a abrirse en otros ámbitos culturales, como es el caso del teatro, la literatura y la cultura popular.¹⁴

⁹ Ciria y Sanguinetti, op cit. La ley para fundar la Universidad Provincial de La Plata fue sancionada en 1890, por iniciativa del senador Rafael Hernández, pero recién se efectiviza a comienzos de 1897. Ello muestra la precariedad de los acuerdos políticos que sostenían tales iniciativas, pues justamente en 1890 se desata la más importante de las crisis económicas –y políticas– de ese siglo en Argentina, crisis que se estabiliza recién a mediados de esa década.

¹⁰ Crispiani, Alejandro, “La universidad nueva de Joaquín V. González y el proyecto de 1905” en Biagini, Hugo op cit.

¹¹ Para la incidencia de ese movimiento en relación con la historia política ver Rock, David, *El radicalismo argentino*, Buenos Aires, Amorrurtu.

¹² Condición más que importante para el clásico Ciria, Alberto y Sanguinetti, Horacio, *La reforma universitaria*, Buenos Aires, CEAL, 1983; ver también a escala continental Romero, José Luis, *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*, Buenos Aires, FCE, 1976.

¹³ Adamovsky, Ezequiel, *Historia de las clase media argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2010.

¹⁴ Viñas, David, *Literatura argentina y realidad política*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1967.

En este escenario, se descubren en la universidad platense ciertas peculiaridades. El plan original no era la construcción de un simple establecimiento expendedor de títulos de doctores o profesionales capaces de ocupar cargos en la burocracia estatal bonaerense. Más bien, la idea inicial era vincular, bajo el paradigma positivista, los altos estudios a la práctica y la investigación de los problemas económicos, sociales y políticos concretos.¹⁵ Con este proyecto, la Universidad de La Plata tomaba distancia tanto del histórico modelo universitario cordobés, controlado por la Iglesia, como también del modelo de la universidad porteña. En 1905, por iniciativa del grupo de Joaquín V. González, la universidad provincial se nacionaliza y se convierte en una “casa de altos estudios moderna”, una definición que involucra la democracia, aunque a juicio de González ella fuera la palabra más peligrosa y difícil de definir.¹⁶

En esos años, las clases dominantes discutían entre sí el modo de resolver la cuestión democrática, y la actitud ante la formación de nuevos partidos modernos y la emergencia de un poderoso movimiento obrero organizado por anarquistas y socialistas (lo que se llamó entonces la “cuestión social”). Siendo Ministro del gobierno de Manuel Quintana, Joaquín V. González participó de esos debates e impulsó –sin lograr su sanción- tanto una nueva ley electoral como un “Código de Trabajo”. Aunque esos proyectos tuvieron una incidencia menor en la opción seguida por el estado-nación para resolver la cuestión social, ellos revelan que el proyecto de González de una “universidad nueva” en La Plata formaba parte de una preocupación –compartida por otros miembros de la elite- por eliminar la conflictividad social y moldear, en este caso a través de la educación, ciudadanos más adaptados a la nueva situación social y política.

Para ver los rasgos de esa universidad nueva, y específicamente la organización del saber que ella realizaba, tracemos una caminata imaginaria. En los años del Centenario, la estación de trenes de La Plata recibía diariamente a una multitud de personas que se dirigía a trabajar en las fábricas y talleres de la zona, o en los frigoríficos de la vecina localidad de Berisso. Si uno de esos trabajadores tomaba por Calle 1, se topaba, en el cruce con Calle 49, con el monumental edificio del Colegio Nacional, un centro educativo que, siguiendo el modelo de los *colleges* ingleses y norteamericanos, capacitaba y seleccionaba a los herederos de las instituciones de estudios superiores, y que para ello contaba con un internado en el que se alojaban los hijos de la elite de todo el país.

¹⁵ La centralidad de la práctica y la vocación por la investigación científica de este paradigma científico iba acompañado de una concepción jerárquica de la sociedad, con superioridades sociales que se pretendían naturales. Este modo de pensamiento tenía en el darwinismo social y la eugenesia, una serie de conceptos (*razas, lucha por la vida, determinismo*, entre otros) que reforzaban aquellas pretensiones de superioridad. Vallejo, Gustavo y Miranda, Marisa, *Darwinismo social y eugenesia en el mundo latino*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.

¹⁶ Véase Biagini, Hugo (comp.), *La universidad de La Plata y el movimiento estudiantil desde sus orígenes hasta 1930*, La Plata, EDULP, 1997.

A pocos metros, ese trabajador descubriría otro llamativo edificio, la Facultad de Ciencias Exactas. Esta facultad había sido ideada por un conjunto de científicos alemanes para el moderno estudio experimental de la Química, una ciencia que junto a la Física integraba el dispositivo de conocimiento y sistematización de los elementos de la naturaleza para su vinculación racional con la producción. Si luego ese trabajador doblaba por Calle 50, encontraba en el medio del bosque la Escuela Graduada Anexa, esto es, anexada a la Facultad de Humanidades y Ciencia de la Educación, el ámbito donde debía idearse el sistema educativo y la formación de profesores.

Según el proyecto de 1905, la UNLP debía integrar todo el ciclo educativo (inicial, secundario y universitario) y a través de ello debía proponer el modelo capaz de reformar el conjunto del cuerpo social. Se trataba de un modelo que, en su intento de producir nuevos ciudadanos, combinaba el análisis de lo “nacional” (el estudio de la historia y la geografía argentina) con lo “científico” experimental (desde la física a la biología molecular). De allí que haya sido elegido como lema del escudo de la UNLP la expresión latina *Pro scientia et patria*, “Por la ciencia y por la patria”.

A cien metros de la Escuela Anexa, sobre la diagonal del bosque, nuestro trabajador se topaba con el zoológico, el ámbito donde podía observarse, previa clasificación, el mundo animal a nivel universal. Si avanzaba unos metros, el trabajador no podía evitar que su mirada se posara en el Museo de Ciencias Naturales, el centro de investigación y clasificación del pasado remoto de las especies y de la prehistoria humana, incluyendo sus distintas “razas” (un concepto con el que se clasificaban también a los pueblos originarios argentinos). A pocos metros, descubría el Observatorio Astronómico, espacio de indagación del otro ámbito universal, el cosmos. Al final de la diagonal del bosque, recostado sobre Calle 60, el caminante advertía dos edificios que reflejaban la disposición del saber de la “universidad nueva”: la Facultad de Medicina y la Facultad de Agronomía y Veterinaria. Esta última unidad académica, actualmente dividida en Facultad de Ciencias Agronómicas y Forestales y Facultad de Ciencias Veterinarias, tenía como objetivo solucionar los problemas técnicos que proponía la modernización, específicamente buscaba superar los límites de la expansión de la agricultura cerealera pampeana entre 1910 y 1930.¹⁷ Finalmente, si nuestro trabajador se decidía a caminar unos 600 metros más, descubría la Biblioteca Central de la Universidad, que, como la

¹⁷ Es notable el esfuerzo que, desde sus inicios, dedicó la UNLP a fortalecer el plano experimental: los laboratorios, gabinetes e instalaciones de investigación de esa facultad y la dotación de profesores e investigadores que demandó durante décadas un tercio del presupuesto total de la UNLP. Graciano, Osvaldo, “Universidad y economía agroexportadora: el perfil profesional de los ingenieros agrónomos, 1910-1930”, en Girbal-Blacha, Noemí, *Agro, universidad y enseñanza*, La Plata, EDULP, 1998.

mayoría de las instituciones de la UNLP, había comenzado su historia institucional antes de la nacionalización de la Universidad.

Vemos brevemente que en ese recorrido por la ciudad un caminante podía reconocer una específica concepción del saber. Cien años después, podríamos interrogarnos sobre las continuidades y diferencias de esa concepción.

3. Pisando una revolución, viviendo la hora americana

La sucesión de rebeliones universitarias que en la Argentina de comienzos de siglo XX se combina con acontecimientos de orden internacional dan origen en 1918 a la llamada Reforma Universitaria, un movimiento que logra un alcance continental.¹⁸ El repaso por algunos de aquellos acontecimientos nos ayudara a comprender las condiciones que hicieron posible la irrupción de la reforma.

El año en que se produce la reforma coincide con el final de la “Gran Guerra” mundial (1914-1918), guerra que las burguesías nacionalistas europeas presentaron a sus pueblos como “la última” y que desembocó en una matanza infinita, en un “suicidio de los bárbaros” como la caracterizara José Ingenieros poniendo en duda la legitimidad de Europa como líder de la civilización.¹⁹ En palabras del dirigente estudiantil cordobés Saúl Taborda: “la guerra y sus consecuencias nos han notificado a todos, a europeos y americanos, la falencia efectiva de occidente”.²⁰

El segundo acontecimiento a tener en cuenta es la Revolución Rusa de 1917, con la que, por primera vez en la historia, la rebelión obrera toma el poder e implanta el gobierno de los soviets (consejos de obreros, campesinos y soldados); se inicia allí la experiencia comunista. El gran temor que esa revolución produce entre la elite se advierte en el hecho de que la insurrección obrera de Buenos Aires de 1919 fuera interpretada como un intento de imponer en Argentina la insurrección del Octubre Soviético.

Finalmente, el tercer suceso es de orden latinoamericano: el triunfo de la Revolución Mexicana, que en 1917 sanciona su primera constitución, revolución de carácter agrario que a ojos de la juventud demostraba la posibilidad del protagonismo campesino e indígena, de la distribución de las tierras y de la independencia frente a los Estados Unidos.

¹⁸ Al respecto, son fundamentales los análisis realizados por Mariátegui en el ensayo que incluimos, como también las reflexiones del cubano Julio Antonio Mella sobre ese movimiento en la isla. Para un análisis de la red continental que surge a instancias del reformismo puede consultarse Pita González, Alexandra, *La Unión latinoamericana y las revistas culturales en la década de 1920*, México, El Colegio de México, 2009.

¹⁹ Hobsbawm, Eric, *Historia del siglo XX*, Buenos Aires, Crítica, 1997; Badiou, Alain, *El siglo*, Buenos Aires, Manantial, 2006.

²⁰ Citado en Terán, Oscar, *Historia de las ideas en argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009.

En cuanto a la Reforma Universitaria, ella comienza en 1917 en Córdoba como una reacción estudiantil contra el régimen de estudio en las facultades y contra la supresión del internado para alumnos avanzados en el Hospital de Clínicas de la universidad, ya que sin él los estudiantes de bajos recursos debían volver a sus ciudades de origen. Desde el principio, el reclamo ante las autoridades moviliza al estudiantado por las calles, quienes exigen la renovación de los cargos por concurso en los que participaran los profesores y no las academias profesionales como ocurría habitualmente, lo que facilitaba la condición vitalicia de los docentes, miembros de una agrupación bautizada “Corda Frates”. Además el alumnado defendía el Hospital de Clínicas de la universidad porque allí se combinaba el estudio con la práctica, lo que facilitó la impugnación estudiantil a los estudios exclusivamente teóricos. Los estudiantes deciden realizar una *huelga*, reivindicando con ello un método de lucha hasta entonces propio de la experiencia obrera, que conmocionaba a las grandes ciudades argentinas y que proporcionó también un modelo de asociación (el del sindicato) para la organización de los primeros centros y federaciones estudiantiles.²¹

La resistencia conservadora de la Universidad de Córdoba era coherente con su carácter de espacio legitimador de los políticos provinciales, cuya formación doctoral era definitiva: allí se socializaban y seleccionaban los aspirantes a integrarse en la burocracia local, acceso que aseguraba el ascenso social. Asimismo, era evidente que en esa universidad una institución religiosa, la Iglesia Católica, disponía en los claustros de una influencia mayor que en cualquier otra universidad. La influencia eclesiástica era resistida por el movimiento laico cordobés, quien la cuestionaba por su carácter anticientífica, antimoderna y conservador en lo que respecta al orden jerárquico establecido dentro y fuera de las aulas.

En ese momento, la situación en la UBA era la resultante del conflicto por la transformación del sistema de enseñanza y de selección de profesores, que había generado un fuerte activismo desde 1903, apoyado por corrientes ideológicas liberales, socialistas e izquierdistas. Y tales vertientes se desplegaban en la UNLP promoviendo la colaboración de los científicos universitarios con la militancia sindical obrera, las agrupaciones de mujeres feministas, ligas de librepensadores laicos y asociaciones de bibliotecas y el teatro popular. No extraña entonces la presencia en la agitación cordobesa de Julio V. González, como representante de la Federación Universitaria de La Plata o la de Gregorio Bermann, por la federación estudiantil de la UBA.²²

²¹ Imitación de método organizativo y repertorio de lucha que no implicaba un acuerdo automático de los estudiantes con las masas trabajadoras o con las ideologías de sus dirigentes, eso fue parte de un proceso histórico complejo y contradictorio.

²² Kohan, Néstor “Julio V. González, la nueva generación y los ‘místicos bolcheviques’”, y Celentano, Adrián, “El humanismo de Gregorio Bermann”, en <http://www.ensayistas.org/critica/generales/C-H/argentina/bermann.htm>

En este contexto la primera ola estudiantil cordobesa consiguió el apoyo del gobierno nacional encabezado por Hipólito Yrigoyen, el primer presidente radical electo democráticamente. Pero la Asamblea Universitaria cordobesa, cuando se reunió volvió a depositar el poder de la universidad en los mismos grupos de profesores cuestionados hasta entonces. Esa votación generó la revulsión del movimiento que directamente exigió participar en el gobierno de la universidad junto con los profesores.²³

La represión desatada por las autoridades fue resistida y nuevamente, en 1918, el gobierno de Hipólito Yrigoyen, envió a su ministro de educación, José S. Salinas como interventor en la universidad en donde se aceptaron las reivindicaciones estudiantiles, lo que generó la renuncia de los profesores conservadores y la elección de un nuevo rector más cercano a los reformistas. Por cierto que aquí se puede ver una tensión entre la reivindicación de la *autonomía universitaria* (para definir sus actividades, formas de gobierno, etc) y el carácter *estatal* de la educación superior, lo que implicaba depender del gobierno del estado y de su financiamiento. Esa tensión no fue menos importante, ya que el gobierno democrático se inclinó, en 1918, a favor del reformismo.

La propuesta de los reformistas giraba sobre la denuncia de la inmovilidad científica que volvía decadente a la universidad, burocratización que derivaba en la mutilación de la ciencia y por eso era necesario dinamizar el gobierno universitario. Así reforzaban el argumento para la participación estudiantil en el *cogobierno*: los jóvenes estudiantes aseguraban poseer y compartir estudios más avanzados y científicos que sus profesores, para ese movimiento estudiantil solo se podía educar si se era *maestro* y se amaba al estudiante, eso otorgaba verdadero poder al educador que se fundaba en la práctica.²⁴

Para el movimiento reformista la renovación de la universidad debía multiplicar las actividades de extensión entre los sectores sociales que estaban fuera de ella, y que se profundizaron hasta plantear para la acción transformadora, la unidad de “el intelectual y el

²³ En palabras de Buchbinder: “La participación estudiantil en el gobierno universitario apareció entonces como el instrumento privilegiado para garantizar los cambios en la universidad. La imposibilidad del cuerpo de profesores de liderar los cambios introdujo esta disposición que, de todos modos, ya había sido debatida en años anteriores en los congresos estudiantiles americanos celebrados en Montevideo en 1908, en Buenos Aires en 1910 y en Lima en 1912.” Buchbinder, Pablo, *Historia de las universidades argentinas*, Buenos Aires, Sudamericana, 2005, p. 94.

²⁴ La relación de *maestría* debía reemplazar a la *disciplina* que se juzgaba vacía de sentido por ignorante del trabajo científico, entendido en términos de búsqueda desinteresada de las causas de los fenómenos; a la vez la relación de maestría se sostenía en el *amor*, en la medida en que el verdadero amor es el amor a la persona y a la sabiduría que posee. Por cierto el *reformismo* distaba de proponer límites a la excelencia académica, es más, acusaban a los profesores de pobreza académica y demostraban con sus publicaciones estudiantiles como *Valoraciones* o *Sagitario* que estaban más al tanto del trabajo científico cultural que los docentes a quienes criticaban.

Ejemplos de *maestría* que reconocían entre sus mayores eran: el socialista Alfredo Palacios y el sociólogo José Ingenieros; el uruguayo José Enrique Rodó, autor del *Ariel*, libro básico del primer antimperialismo latinoamericano; el héroe de las letras cubanas José Martí, caído en la lucha independentista; José Vasconcelos en México, que llegó a Ministro de Instrucción Pública; el dominicano Pedro Henríquez Ureña, difusor de las letras americanas, entre muchos otros.

obrero”, como dijo el peruano Manuel González Prada.²⁵ El proceso renovador debía alcanzar dimensiones latinoamericanas tanto en las universidades como entre las sociedades y por eso la reforma promovía acciones similares en otros países.

El énfasis estudiantil puesto en la voluntad de lucha por un *ideal* que orienta las acciones no era un artificio, se articulaba con la difusión de la llamada *nueva sensibilidad*, pensamiento que toma distancia del positivismo, dando mayor espacio al espíritu, al sentimiento (las “resonancias del corazón”) y a las vanguardias artísticas, por ejemplo, Pettoruti, el pintor cubista ilustraba revistas reformistas. Esta nueva sensibilidad se combinaba con la irrupción popular de la política americana de esos tiempos en México, Perú y otros países. Por esto último el *Manifiesto Liminar* de la juventud universitaria de Córdoba se dirige a los “hombres libres” americanos y parte de conceptos de la teoría política:

“Hombres de una **República** libre, acabamos de romper la última cadena que, en pleno siglo XX, nos ataba a la antigua **dominación monárquica y monástica**. Hemos resuelto llamar a todas las cosas por el nombre que tienen. Córdoba se redime. Desde hoy contamos para el país una vergüenza menos y una libertad más. **Los dolores que quedan son las libertades que faltan**. Creemos no equivocarnos, las resonancias del corazón nos lo advierten: estamos **pisando sobre una revolución**, estamos viviendo una **hora americana**.”²⁶

La otra universidad donde la rebelión estudiantil se hizo fuerte fue la UNLP, cuyo rector, Rodolfo Rivarola se opuso al cogobierno lo que chocó con la lucha del alumnado apoyado por profesores como Alejandro Korn y Alfredo Palacios. La agitación fue propulsada por la Federación de Estudiantes de La Plata, de la prédica de boletines de centros de estudiantes, y de otros grupos organizados, en especial en las Facultades de Derechos y Agronomía.²⁷ Y un aspecto singular fue que mientras el movimiento en Córdoba fue

²⁵ Dijo González Prada en su discurso “El intelectual y el obrero” en la Federación de Obreros Panaderos, (las negritas son nuestras): “No sonrían si comenzamos por traducir los versos de un poeta. ‘En la tarde de un día cálido, la Naturaleza se adormece a los rayos del Sol, como una mujer extenuada por las caricias de su amante. El gañán, bañado de sudor y jadeante, aguijonea los bueyes; mas de súbito se detiene para **decir a un joven** que llega entonando una canción: -¡Dichoso tú! Pasas la vida cantando mientras yo, desde que nace el Sol hasta que se pone, me canso en abrir el surco y sembrar el trigo. -¡Cómo te engañas, oh labrador! **responde el joven** poeta. Los dos trabajamos lo mismo y podemos decirnos hermanos; porque, si tú vas sembrando en la tierra, yo voy sembrando en los corazones. Tan fecunda tu labor como la mía: los granos de trigo alimentan el cuerpo, las canciones del poeta regocijan y nutren el alma’. Esta poesía nos enseña que se hace tanto bien al **sembrar trigo** en los campos como al **derramar ideas** en los cerebros, que **no hay diferencia de jerarquía** entre el pensador que labora con la inteligencia y el obrero que trabaja con las manos, que el hombre de bufete y el hombre de taller, en vez de marchar separados y considerarse enemigos, **deben caminar inseparablemente unidos**”. Tomado de González Prada, Manuel, *Horas de lucha*, Lima, Perú.

²⁶ Publicado el 21 de Junio de 1918 en Córdoba, lo redactó Deodoro Roca, la segunda parte se dice que participó Emilio R. Biagosch y lo firmaron: Enrique F. Barros, Ismael C. Bordabehère, Horacio Valdés, presidentes. Gumersindo Sayago, Alfredo Castellanos, Luis M. Méndez, Jorge L. Bazante, Ceferino Garzón Maceda, Julio Molina, Carlos Suárez Pinto, Emilio R. Biagosch, Angel J. Nigro, Natalio J. Saibene, Antonio Medina Allende y Ernesto Garzón

²⁷ Estos fueron también enfrentados por Joaquín V. González quién sostenía una democracia donde “gobiernan los superiores”, además de fomentar el paternalismo sobre el alumnado que además era visto

principalmente anticlerical, el reformismo platense enfrentó aspectos relevantes de la matriz positivista y tuvo fuerte anclaje espiritualista y socialista.

Pero, más allá de la fuerza de la revuelta, hay que destacar otros aportes de la acción reformista en la UNLP. Por un lado capacidad de esa tendencia de articularse con las cátedras valoradas como progresistas en Humanidades, con el grupo “Renovación”, y en Derecho, con Palacios cuyo grupo alentó las elaboraciones para la legislación obrera y el constitucionalismo social. En segundo término la incidencia de la crítica desplegada por Carlos Sánchez Viamonte y otros contra la profesionalización de la cultura, además de promover la formación de universidades libres, organizadas por los estudiantes y profesores. De este conjunto de prácticas emergieron lazos con las corrientes de trabajadores organizados en sindicatos y partidos de izquierda, lo que promovía la formación de grupos de teatro que funcionaban en la zona portuaria de Berisso y Ensenada.²⁸

El movimiento va definiendo en sus programas un conjunto de objetivos que pasa de impugnar el modelo de universidad (para actualizarla y facilitar la renovación del claustro de profesores) a una exigencia de reordenar el conjunto de las sociedades americanas con las ideas de emancipación de los trabajadores y el pueblo. Por cierto que las divergencias en el reformismo no tardaron en aparecer y eso generó la crítica de aquellos que sostenían que la Reforma no debía encerrarse en la universidad sino que debía inscribirse decididamente en la reforma social.²⁹

Al trazar el primer balance del movimiento desde Perú, José Carlos Mariátegui señalaba que la reforma está dentro de la crisis del liberalismo y el positivismo, que para el “nuevo espíritu” lo más importante era la unidad entre el trabajo de científico de renovación universitaria y llevar a la práctica la crítica al régimen económico-social vigente. En ese sentido para el *Amauta* (maestro en quechua) la colaboración con los sindicatos obreros, la lucha los conservadores, la crítica concreta de intereses y principios puede hacer real la reforma.³⁰

Por cierto que el crecimiento de las universidades americanas continuó, aunque no bajo la hegemonía reformista, de todos modos el lazo con los procesos políticos se profundizó. Buena parte de la segunda generación *reformista* latinoamericana trabajó desde los años '20 en

como demasiado heterogéneo socialmente y lleno de ideas extrañas que no reconocen “la natural superioridad”, aseguraba el rector. Rivarola, su sucesor consideraba la democracia como “una elección a ciegas”. Biagini, Hugo, op cit.;

²⁸ Graciano, Osvaldo, *Entre la torre de marfil y el compromiso político. Intelectuales de izquierda en la Argentina. 1918-1955*, UNQui, 2008.

²⁹ Además de los problemas que generaba entre los reformistas el importante peso de ideas de carácter racista relacionadas con la matriz positivista, una dosis no menor de aristocratismo intelectual y lo difuso del espiritualismo ideológico que facilitaba una mirada estrecha de la situación conflictiva de la universidad, ajustada al gusto de la clase media por limitarse a obtener el título profesional, lo que fue cuestionado durante las décadas posteriores por Hector Ripa Alberdi, Hector Agosti y otros.

³⁰ Por ello aquí proponemos revisar en el texto de Mariátegui como cada autor citado caracteriza tres cuestiones: “trabajo científico”, la “crítica del régimen económico-social vigente” y la puesta de la “colaboración” con las clases populares. La misma tarea se puede llevar adelante con las otras fuentes para confrontarlas a posteriori.

el seno de la revolución mexicana, como José Vasconcelos; otros se incorporaron la década siguiente en las redes intelectuales antifascistas; en Perú formaron las Universidades Populares González Prada y partidos políticos como el APRA, conducido por Haya de la Torre; también se sumaron a los partidos socialistas o comunistas, como José Carlos Mariátegui, mientras jóvenes como Julio Antonio Mella se alinearon con los grupos de resistencia a la dictadura de Machado en Cuba.

4. Construcción y crisis de la universidad reformista. 1918-1955.

El sistema de educación superior argentino se expandió con la nacionalización de universidades, también se concentró en la estructuración de las carreras y facultades (por ejemplo se fundó en 1937 la carrera de Visitadora de Higiene en la Facultad de Medicina de la UNLP), además de la integración de cuerpos de profesores e investigadores durante tres décadas, esta actividad se combinó con la formación de los campos profesionales hasta mediados de los '40, cuando fue desarticulada por la intervención. El crecimiento de las casas de altos estudios no cambió una matriz productora de médicos y abogados, con menor incidencia de las carreras técnicas y humanísticas, matriz coherente con la demanda de las clases medias argentinas.

Esa matriz fue cuestionada, dentro de la universidad, por profesores e investigadores que provenían de la militancia reformista del '18, que señalaban que las casas de altos estudios se convertían en simples reproductoras de doctores, por promover el clientelismo entre los consejos directivos, entre grupos de profesores y estudiantes a cambio de beneficios personales, como señala Buchbinder.³¹ Mientras la economía argentina de los años treinta avanzaba en el proceso de industrialización, lo que modificaba su estructura social con la creciente urbanización. Ese orden tenía a nivel político a las fuerzas armadas como una fuerza política en el centro de la escena desde 1930, junto a conservadores y nacionalistas en el poder.

La herencia reformista durante los años '30 continuó afirmada por una corriente atenta a la construcción institucional, mientras en ciertos momentos algunas universidades fueron intervenidas y los estudiantes perseguidos, como sucedió durante el gobierno de Uriburu, general que dirigió el golpe de estado de 1930.³² En las décadas del treinta y primeros cuarenta fue insoslayable la crisis del liberalismo a nivel mundial (pensemos que en Europa

³¹ Buchbinder, Pablo op cit

³² Esa represión se extendió a aquellos profesores e intelectuales más radicalizados que estaban vinculados con el antifascismo, como el caso de Aníbal Ponce o el de Gregorio Bermann en Córdoba. A pesar de ello también se reafirmó el compromiso partidario de referentes universitarios como Emilio Ravignani y Ricardo Rojas con la UCR, Alejandro Korn y Alfredo palacios con el Partido Socialista, entre otros. La Guerra Civil española y luego la II Guerra Mundial, profundizaron el alineamiento entre las corrientes de izquierda aliadas con los docentes liberales, enfrentadas con las corrientes nacionalistas emblocadas en la defensa del franquismo y las diversas tendencias del fascismo italiano o alemán.

prácticamente desaparecieron los parlamentos durante varios años), y en Argentina esa crisis del liberalismo afectó el campo político, económico e intelectual. De allí que aparecieran en la universidad corrientes opuestas al reformismo e identificadas con el nacionalismo, el catolicismo y vertientes alineadas con organizaciones fascistas como la Legión Cívica, donde revistaba el decano de Medicina de la UBA, Rafael Bullrich, entre otros.

El golpe de estado de 1943, llamado “Revolución de 1943”, tuvo consenso extendido, dada la corrupción, el fraude electoral y el desprestigio de los gobiernos conservadores de la llamada “década infame”. Pero a poco de andar, el gobierno de los generales Rawson, Ramírez y luego Farrell (vinculadas al eje o al neutralismo en la II guerra mundial) atacaron la matriz laica de la educación. Introdujeron la religión en las aulas de las escuelas, se aliaron con intelectuales antisemitas o fascistas (como Hugo Wast o Jordan Bruno Genta), e intervinieron a la universidad reformista. Lo que desató las protestas de docentes y estudiantes que pasaron en masa a la oposición al gobierno militar. Aunque el movimiento logró que volvieran a sus cargos los profesores expulsados, la mayoría del campo universitario se transformó en férreo opositor al gobierno militar y a quien veían como su sucesor: el general Perón.³³

En Octubre de 1945, cuando el ejército se divide y un sector detiene a Perón, la mayoría de los trabajadores sale en apoyo de Perón, defendiendo los avances y concesiones que el militar había otorgado desde el poder. Pero la universidad está claramente en contra de lo que consideraba un militar fascista, y vuelca su apoyo a la Unión Democrática.³⁴ Según Daniel James los manifestantes del 17 de Octubre de 1945 atacaron también los edificios de la Universidad Nacional de La Plata, cuyas sedes eran vistas como símbolos de una cultura que les era ajena y que además era parte activa de la oposición política a Perón. La victoria electoral del justicialismo en 1946 no solo divide en dos la política argentina, sino que también refuerza entre los derrotados el rechazo al nuevo gobierno, que, por su parte, cesanteó o forzó a la renuncia a más de un tercio de los profesores universitarios y eliminó la participación estudiantil en el cogobierno. En este proceso se ensanchó la distancia entre el sector mayoritario del campo intelectual y la masa de trabajadores que sostenía al líder justicialista.

De todos modos, retuvieron sus cargos muchos profesores del período anterior, y durante un tiempo permanecieron los mismos planes de estudios, solo que primaba un clima de achatamiento ideológico y pobreza académica apreciable en las publicaciones de la época. Pero la política educativa peronista también aumentó la inversión en educación, continuó y amplió los organismos de la educación técnica necesarias para atender los requerimientos de la industrialización, fundó catorce nuevas carreras, promocionó la investigación científico – técnica con apoyo financiero, aunque los resultados inmediatos no fueran los mejores.

³³ Halperin Donghi, Tulio, op cit.

³⁴ James, Daniel, “El 17 y 18 de Octubre de 1945: El peronismo, la protesta de masas y la clase obrera argentina”, en Desarrollo Económico, N° 107, Vol. 27, octubre-diciembre de 1987.

También eliminó los exámenes de ingreso, lo que se combinó con el crecimiento general de la matrícula en la educación superior y que ponía a la Argentina ante el mismo proceso que se daba en los países industrializados. En el terreno universitario, la gestión peronista lanzó una iniciativa inédita en Argentina, la fundación de la Universidad Obrera Nacional que era una promotora de la formación profesional de la clase obrera, un instrumento de democratización social por la vía educativa. Ese proceso se complementaba con la masiva entrada de los hijos de las familias trabajadoras en el nivel secundario y el acceso a otros beneficios sociales que completaban las posibilidades de ascenso social, especialmente en las zonas urbanas. De allí que para entrar se requiriera la formación media técnica o el trabajo en fábrica.³⁵

La Universidad Obrera tuvo cinco sedes, con criterio federal y contó también con la participación obrera en su dirección, siendo las orientaciones mecánica, textil, automotor y eléctrica las principales de sus estudios, que se dictaban principalmente en horario nocturno, para favorecer la asistencia de los trabajadores. Con la destitución de Perón en 1955, se intentó cerrar la Universidad Obrera, pero la oposición de estudiantes y docentes la preservó, aunque se le cambió el nombre: Universidad Tecnológica Nacional (UTN).

La caída de Perón con la “Revolución Libertadora” acarrió la destitución de los profesores vinculados a su régimen, y el retorno a las aulas de muchos de los destituidos anteriormente, lo que contribuyó aun más al enfrentamiento en el campo intelectual, por lo que se llamó “desperonización de la universidad”. Ese proceso fue liderado por un conservador católico, Atilio Dell’Oro Maini pero agrupaba tras de sí a las diversas tendencias que se opusieron al peronismo: liberales, humanistas e izquierdistas, incluyendo al movimiento estudiantil. El nuevo proyecto universitario combinó la herencia reformista con las tendencias de modernización cultural imperantes a nivel mundial y, así “ciencia”, “modernización”, “desarrollo industrial”, “eficiencia” son conceptos que estarán a la orden del día a partir de esta época, bajo el rótulo del “desarrollismo”.³⁶

5. La universidad modernizada, del desarrollo a la crítica de la dependencia

El ascenso al poder en Argentina de Arturo Frondizi en 1958, es un símbolo y resultado de la aceptación de la tesis desarrollistas en la escena política Argentina y Latinoamericana.³⁷

³⁵ La oposición criticaba la Universidad Obrera, y los reformistas también, porque sostenían que ella facilitaba las diferencias de clases al separar a los hijos de los obreros del resto de los estudiantes, los opositores también cuestionaban que la formación de la Universidad Obrera carecía de contenidos de ciencias sociales y humanísticas, lo que mostraría que se buscaba docilizar a los obreros que estudiaban.

³⁶ Tortti, Cristina y Prego, Carlos, “Universidad, procesos históricos de modernización, politización y regulación en la Argentina” en Krotsch, Pedro (org.), *La universidad cautiva*. La Plata, Al Margen, 2002.

³⁷ En buena medida el acceso a la presidencia de un dirigente radical como Frondizi, que suma votos peronistas porque Perón estaba proscripto, estaba en sintonía con la idea de fusión en el movimiento

Las principales ideas desarrollistas, entendido el “desarrollo de las fuerzas productivas” como su objetivo,³⁸ fueron divulgadas por la Comisión para América Latina, CEPAL, un organismo de la ONU, que contaba con economistas como el argentino Raúl Prebisch y el brasileño Celso Furtado. Esta propuesta, devenida en una ideología, sostenía que alcanzar a los países desarrollados (los países llamados “centrales” porque están industrializados) era necesario y posible para las naciones latinoamericanas si salían del perfil agro exportador que definía a los países subdesarrollados (los países “periféricos”).

Con ese propósito había que incorporar la inversión de capital necesario para la expansión industrial, porque las mercancías generadas por esas industrias ampliarían las masas de consumidores locales que serían los trabajadores modernos. Semejante transformación requería de un poder político estatal nacional fuerte, con metas fijas y claras, y ese estado iba a poder regular la entrada de capitales norteamericanos y europeos que contribuirían a expandir la modernización, facilitarían el crecimiento del empresariado nacional y consolidaría el sistema democrático. En resumidas cuentas esa era la línea económica alentada por Arturo Frondizi en nuestro país, entre 1958-1962, del mismo modo que lo hacía Juscelino Kubistchek en Brasil.³⁹

Se trataba de generar en las ciudades polos científico-tecnológicos que proporcionaran la investigación y aplicación de conocimientos a la producción, además de generar recursos humanos calificados para esa acelerada industrialización (especialmente en sectores como el automotor, la energía, combustibles, comunicaciones, petroquímica, siderurgia etc.). A fin de que la educación superior cumpliera eficazmente con su nueva función era imprescindible modernizar las universidades, cuyos ejemplos destacados fueron la UBA, en Argentina y la Universidad de San Pablo, en Brasil. Convertir en esencial la dedicación exclusiva de los docentes e investigadores y fundar una institución que centralizara toda la actividad científica a nivel nacional, como el CONICET,⁴⁰ fueron aspectos relevantes de esa política. Este proyecto permitiría a la educación superior argentina estar en contacto directo con los centros universitarios internacionales, principalmente europeos y norteamericanos, lo que facilitaría la transferencia de conocimientos para las ciencias básicas y aplicadas.

En este sentido, el modelo de las ciencias exactas, con su alto nivel de profesionalización académica (dedicación a la investigación, continuidad y estabilidad en la actividad científica) sería el ejemplo también para las ciencias sociales nacientes en nuestro país

nacional que el desarrollismo divulgaba, esa “unidad nacional”, neutralizaría las contradicciones de clases y se aseguraba -desde esa corriente-, que facilitaría un estado más fuerte para enfrentar a la oligarquía. Acuña, Marcelo, “El discurso de la eficiencia”, en *De Frondizi a Alfonsín*, Buenos Aires, CEAL, 1985. Altamirano, Carlos, *Bajo el signo de las masas*, Ariel, 2002.

³⁸ Concepto popularizado por el marxismo, pero integrado en la bibliografía económica de otras escuelas del pensamiento económico, asimismo es notable la coincidencia con la noción de “progreso”, ampliamente difundida en latinoamérica por el positivismo desde fin del siglo XIX.

³⁹ Fausto, Boris, *Brasil, de colonia a democracia*.

⁴⁰ Comisión Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, con una organización similar al CNRS de Francia.

(Sociología, Psicología, Economía, Antropología y Asistencia Social, categoría que emerge en este contexto). El objetivo de estas últimas sería la búsqueda de las relaciones causales, la investigación empírica, la sistematización de los datos lo que daría mejor explicación a los fenómenos sociales y facilitaría la modernización para salir del “atraso” de los pueblos “periféricos”. Dentro de esta perspectiva, las poblaciones subdesarrolladas estaban bajo relaciones llamadas “tradicionales” (porque eran herencia de la dominación arcaica, rural, paternal y religiosa) y debían entrar a relaciones llamadas “modernas” (los hombres y mujeres actuarían basados en decisiones racionales, de buen consumidor, mejor trabajador urbano y ciudadano democrático). Tales eran las expectativas y había que formar los científicos sociales que planificaran y los técnicos que ejecutaran las políticas para el desarrollo, para luego controlar sus resultados.

Revisamos aquí algunos elementos de esas posturas referidas a la universidad a través del texto de Risieri Frondizi.⁴¹ Este filósofo se graduó en 1936, y estudió luego en Estados Unidos y se doctoró en México. Retornó a la Argentina en 1955, fue decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA y luego rector de esa universidad. Esta experiencia en el gobierno académico y la inevitable condición política de las decisiones educativas en que participó nos permiten revisar en sus textos las ideas de la época que en general se considera la “edad de oro” de la universidad argentina.

Es notable que el eje de la autonomía vuelve a estar presente, pero más que en términos de promesa es indicado como un problema. La autonomía para Risieri se da respecto del gobierno pero no implica no rendir cuentas o no tener responsabilidad social. La autonomía permite a la universidad tener su legalidad propia, régimen administrativo y presupuestario; estatutos definidos por cada universidad, planes de estudio y el derecho de otorgar los diplomas para el ejercicio profesional. En buena medida es a través del análisis del presupuesto que se pueden apreciar los objetivos que se priorizan desde la gestión, lo cual no deja de ser una cuestión política.

Por otra parte, según Risieri Frondizi, las actividades de investigación deben ser irrestrictas, o sea no debe tener restricciones que sean introducidas desde el exterior de la universidad, lo cual nos permite interrogarnos sobre esta concepción donde la sociedad aparece como exterior a la construcción del conocimiento. El texto de Frondizi sostiene simultáneamente el valor de la libertad, solo condicionada por una responsabilidad difusa, casi

⁴¹ Risieri era el hermano Arturo Frondizi, el otro hermano que se destacó como intelectual, fue Silvio Frondizi. Silvio fue uno de los intelectuales marxistas de la nueva izquierda, dedicado a la historia argentina y a la teoría política, se entrevistó en Cuba con Guevara, fundó varias organizaciones políticas y fue asesinado en 1974, por la organización fascista llamada “Triple A” (Alianza Anticomunista Argentina). Tarcus, Horacio, *El marxismo olvidado de Silvio Frondizi y Milcíades Peña*, Buenos Aires, El cielo por Asalto, 1996.

individual, esto es, a nuestro entender, para considerar ¿cuales son las formas de responsabilidad con las que regimos nosotros tanto en la docencia, como la investigación y la extensión?

Otro tema que nos plantea Risieri Frondizi reside en que la misión de la universidad no es ni dar servicios retributivos ni independizarse del estado. Para que ella despliegue su actividad es imprescindible que la sociedad acepte que debe sostener su educación superior, bajo la órbita estatal. Veamos que, para el autor, cuando habla de *sociedad* es entendida como un “contorno”, como un contexto general, o sea algo que esta fuera de la universidad, a lo que la institución debe servir. Podemos identificar como, para Risieri y otros, las obligaciones de la universidad para con la sociedad permanecen ligados con el aporte al desarrollo nacional y el concepto es claro: *aceleración*, como la velocidad de un motor, para salir del atraso. La formación cultural y el avance tecnológico van asociadas, dentro de esta óptica, en efecto, para el autor no se trata de esperar a ser países ricos para poder investigar, y por eso nos asegura que esta actividad de la universidad colabora para salir del colonialismo.

Dentro de las aulas universitarias el objetivo de la libertad y el derecho de los estudiantes sigue siendo el de la reforma, *neutralizar* lo que se juzga como arbitrariedad. Los límites a las arbitrariedades de una materia deben proceder del trato objetivo y ecuánime entre los profesores, deben reconocer la crítica estudiantil y tener en cuenta la necesidad social. Subrayemos que estas afirmaciones tenían estrecho contacto con el apoyo que los estudiantes brindaban a fines de los años '50 a los profesores que fundaban las carreras y dirigían el proyecto desarrollista, hasta que, en los años sesenta, los discípulos comenzaron a impugnar los presupuestos sobre la sociedad y la universidad vigentes. Argumentaban los jóvenes discípulos que esa casa de altos estudios estaba dentro de una sociedad escindida entre peronismo y antiperonismo, donde la mayoría de los trabajadores eran explotados y además tenían a su líder proscrito. Con ello sostenían que las promesas del desarrollismo arriba planteadas lejos estaban de verificarse.⁴²

Otro tema que propone Risieri Frondizi es el de la articulación de la educación superior con los otros niveles del sistema educativo y señala los déficits del nivel secundario como un factor a considerar. Además puntualiza la cuestión del despilfarro que con frecuencia se mide en relación al número de graduados que terminan los altos estudios. Para evitar los mecanismos restrictivos a los ingresantes propone los cursos preparatorios, becas y orientación a los estudiantes, y la imprescindible tarea de atender el mejoramiento de la educación media. Risieri Frondizi nos revela en su texto la temprana conciencia que en los años sesenta plantea el ingreso irrestricto y la relación entre esa apertura con las reales causas que impiden a amplias masas de asistir a la educación superior.

⁴² Sigal, Silvia, *Intelectuales y poder en la década del '60*, Puntosur, 1991.

Revisemos entonces como emergen las críticas a ese modelo implementado desde 1958. Las corrientes estudiantiles reformistas habían enfrentado desde 1955 a las tendencias y agrupaciones humanistas, más cercanas a la Iglesia, pero el bloque del reformismo hegemonizado por los comunistas y socialistas comenzó a disgregarse. La salida electoral de 1958 y la consolidación del desarrollismo en casi todo el espectro intelectual era apreciable en el optimismo divulgado desde la revista *Que* (orientada por Rogelio Frigerio y los “intelectuales nacionales”) hasta los existencialistas de *Contorno* y los profesores comunistas. Pero a partir de lo que se dio en llamar “la traición de Frondizi” se inicia la crisis entre el movimiento estudiantil y las expectativas en el liberalismo y el desarrollismo.

Varios procesos forzaron en el debate universitario la entrada de otra mirada sobre la política: el primero comienza cuando el presidente acordó con la Iglesia, autorizó la formación de universidades privadas y lanzó las concesiones petroleras a los capitales extranjeros, esa “traición” exigió un “examen de conciencia” entre los intelectuales y la juventud universitaria; la segunda fue la relación con la militancia de la resistencia peronista, especialmente con los sectores combativos de la clase trabajadora, que produjo el acercamiento de la izquierda estudiantil a ese sector peronista, en especial de los socialistas y otros grupos marxistas. Un tercer elemento fue la revolución cubana, porque demostraba que era posible tomar el poder sin subordinarse a la burguesía, que ponía en práctica la reforma agraria y la estatización de la economía y, porque combinaba el marxismo y el antimperialismo de un modo novedoso, sintetizado a nivel continental en la figura del Che Guevara. Por último, pero no menos importante, el proceso de radicalización de la juventud católica, que creció con la difusión de la discusión posconciliar, que propició el diálogo entre católicos y marxistas en los claustros, y entre sectores de la juventud católica y las corrientes peronistas.

Si el desarrollismo había sido eficaz en la puesta en marcha de la universidad de masas, en la difusión del libro a través de EUDEBA y en la promoción de la investigación en las ciencias sociales imponiendo una renovación metodológica, los resultados de esa renovación llevaron a una ampliación del debate del marxismo, el funcionalismo y otras corrientes ideológicas en las aulas. Ello se combinó con la requisitoria sobre los procesos históricos argentinos, temas que hasta ese momento habían sido monopolizados por el nacionalismo que pasaron a ser objeto de estudio de las más variadas tendencias en la universidad. En este panorama cobra fuerza el interrogante sobre la relación entre los intelectuales y el pueblo. La respuesta pasó de exigir el compromiso del intelectual a través de la obra cultural o científica al compromiso del autor, y como el compromiso ya se planteaba alrededor de la revolución, el congreso de la cultura en La Habana, lanzó la consigna: “el deber de todo revolucionario es... hacer la revolución”. Así emerge la figura del “intelectual revolucionario”.

Esta agenda de discusión proliferaba en los periódicos de circulación predominantemente estudiantil y ya en los años '60 en revistas como *El grillo de papel*, en la de

los marxistas cordobeses *Pasado y presente* y después la pro cubana *La rosa blindada*. Los centros de estudiantes a mediados de esta década eran conducidos por grupos que propiciaban las ideas y prácticas de la *nueva izquierda*, tendencia que rompía con los viejos partidos, el socialista y el comunista, a los que acusaban de no ser verdaderamente revolucionarios. Por cierto que todo esto no significaba que la universidad como institución adoptase el modelo revolucionario, gran parte de la comunidad académica en las ciencias exactas y también en las humanísticas, mantenía su confianza tanto en el sistema político democrático (con o sin proscripciones) o directamente justificaba a las fuerzas armadas como garante del orden bajo las ideas de la naciente “doctrina de la seguridad nacional”. Esas corrientes que Terán identifica como el “bloqueo tradicionalista”⁴³ combinaban el nacionalismo, centrado en un “ser nacional”, con el desarrollismo autoritario y un anticomunismo exacerbado, que compartían con los empresarios y parte de los dirigentes sindicales.

Todo se precipitó cuando en 1966 las fuerzas armadas que derrocaron al gobierno de Arturo Illia, electo en 1963. Los militares conducidos por el general Onganía, imbuidos de aquella ideología nacionalista y tradicionalista, ganaron el apoyo empresario y de los sindicatos de la CGT conducida por el metalúrgico Vandor. Este apoyo corporativo les facilitó a los militares el impulso para intervenir la Universidad, con el método expeditivo de los bastonazos en las aulas, lo que motivó –nuevamente- el alejamiento y las renunciadas de un sector de los profesores progresistas. A ese movimiento represivo se lo llamó “la noche de los bastones largos”. A partir de allí se intensificó el contacto entre el movimiento estudiantil y las bases obreras, especialmente en el interior del país. Cuando se divide el movimiento obrero y emerge la CGT de los Argentinos, la unidad con el movimiento universitario se potencia. Por ejemplo en 1968, en La Plata, Berisso y Ensenada la rebelión de las bases obreras de la destilería de YPF, en huelga contra el gobierno, se ganó el apoyo de la Federación Universitaria de La Plata, que amplió la solidaridad y las manifestaciones activas. Otro tanto ya venía ocurriendo en Tucumán, donde las protestas estudiantiles contra el gobierno militar y su política universitaria se asociaron a las movilizaciones de los trabajadores azucareros.

Por cierto que esta radicalización de los estudiantes que acceden en masa a la educación superior no era solo argentina, movimientos de protestas similares se desplegaron en todo el mundo: en México y en Brasil, donde fueron duramente reprimidos, en 1969; en Francia donde los estudiantes irrumpieron en Mayo de 1968, junto con la huelga general de 10 millones de obreros, sucesos paralelos se produjeron en Italia y Alemania. En los países comunistas se desataron las protestas y manifestaciones de la juventud, con fuertes críticas a los partidos comunistas y la Unión Soviética, como ocurrió en Checoslovaquia y en China con la Revolución Cultural Proletaria. La universidad y la sociedad estaban puestas en debate.

⁴³ Terán, Oscar, *Nuestros años sesentas*, Puntosur, 1991.

En 1969, comienza en las aulas de la universidad correntina, la Universidad Nacional del Nordeste (UNNE) una protesta por el valor de los tickets del comedor universitario, que es reprimida por la policía, que asesina a un estudiante, le sigue una movilización masiva en Rosario y termina la secuencia a fines de Mayo en Córdoba.⁴⁴ Allí, la CGT local había convocado a huelga por 48 horas, exigiendo la reapertura de las paritarias, el paro es activo, se suma el movimiento estudiantil, la policía es deborada, el pueblo cordobés se hace dueño de la ciudad y debe intervenir el ejército. Es el llamado *Cordobazo*, al que le siguen una sucesión de levantamientos populares donde los universitarios fueron un componente destacado que conmocionó el país entre 1969 y 1972. Los militares encabezados por el general Lanusse no pudieron mantener el control de las universidades como habían intentado en 1966. En la universidad argentina finalizó la hegemonía antiperonista, cuando gran parte del movimiento estudiantil se incorpora a la campaña por el retorno de Perón, que se produjo en 1973.

En el transcurso de esta secuencia política se consolida en el ámbito estudiantil y docente la crítica de la posibilidad de una universidad realmente científica en una sociedad dominada por el capitalismo y la explotación. La objeción al carácter reproductor de las ideas dominantes en el seno de la universidad se extendió, tanto como el cuestionamiento a la subordinación a las ideas y modelos producidos en los países centrales.⁴⁵ La prédica modernizadora, que había hecho centro en la tarea científica como verdadero aporte a la sociedad, fue juzgada insuficiente y reproductora del orden establecido, se impugnó el fraccionamiento y la ultraespecialización de los investigadores como una práctica despolitizante que apelaba al prestigio de la ciencia para asegurar su poder, o sea se la tachó de “cientificista”, en palabras de un polémico documento de Oscar Varsavsky.⁴⁶ Es en esta agitada circunstancia que fue sometida a crítica la función de la “Asistente Social” y emergió el proceso de la “Reconceptualización” que se extendió a nivel latinoamericano. Para la nueva generación la estructura social debe ser revolucionada, tanto como la estructura universitaria y el propio estudiantado debía revisar su posición respecto de los conflictos en esa sociedad.⁴⁷

A fines de los '60 las esperanzas que el desarrollismo había difundido estaban puestas en entredicho por las teorías conocidas como “dependentistas”. Estas señalan, en términos sintéticos, que no es que las naciones y continentes subdesarrollados puedan alcanzar la

⁴⁴ Gordillo, Mónica y Brennan, James, *Cordobazo, el clasismo y la movilización social*, La Plata, De la Campana, 2008, cap 3: “Rebelión popular, protesta y radicalización obrera: el *Cordobazo* y el clasismo”.

⁴⁵ Dos revistas político culturales, que circulaban paralelamente, pueden servir para apreciar las tendencias dentro mismo de ese movimiento: *Los libros*, de orientación marxistas y *Cristianismo y Revolución*, vinculada al peronismo revolucionario.

⁴⁶ Varsavsky, Oscar, *Ciencia, política y cientificismo*, Buenos Aires, CEAL, 1969.

⁴⁷ Viano, María Cristina, “De la universidad a la fábrica: algunos elementos para pensar el mundo de la militancia en los primeros '70 en el Gran Rosario. El Peronismo de Base”, Celentano, Adrián, “Unidad obrero estudiantil. La nueva izquierda y las proletarizaciones de las corrientes maoístas en argentina”, “Territorios del rock. Jóvenes universitarios y cambios culturales, 1960-1970”, en *Los trabajos y los días. Revista de la cátedra de Historia Social y Económica de América Latina y Argentina. Facultad de Trabajo Social de la UNLP*. n° 1, pp. 13-87.

modernización de los “desarrollados”, lo que se verifica es que las sociedades “desarrolladas” necesitan -para seguir avanzando- mantener y reproducir el “subdesarrollo” de los países periféricos o subdesarrollados. Y estos forman parte del sistema mundial del capitalismo, que transfiere inversiones a los países periféricos pero para explotar su mano de obra barata junto a sus recursos naturales, para recibir suculentos subsidios estatales y para hacer más ganancias asociados con el capital industrial y financiero. Este capital transnacional controla los mercados más rentables y en lugar de reinvertir para transformar estructuralmente la sociedad periférica, transfiere las ganancias a sus casas matrices europeas y norteamericanas. En otros términos no va a producirse el desarrollo integral porque los países desarrollados están interesados en que los “subdesarrollados” dependan de su poder económico.

Aunque los desarrollistas pronosticaban que el crecimiento económico aumentaría el peso de los empresarios nacionales y extranjeros, que estos ampliarían el mercado interno y así, se incorporarían a los “marginados” en la sociedad moderna, los críticos dependentistas sostenían que eso no ocurría, que aumentaba la explotación de la mano de obra y que los estados nacionales tenían un déficit crónico, y no podían atender a los llamados “marginales”. O sea, las naciones “subdesarrolladas” siempre debían gastar más de lo que obtenían por vender productos primarios (cereales, carnes, café, banana, azúcar, estaño, cobre etc.), y por eso tenían que volver a pedir créditos al capital financiero o al Banco Mundial o al FMI. Después esa deuda debía pagarse y entonces aparecían nuevamente las restricciones presupuestarias para el estado. Con lo cual las esperanzas de los científicos sociales modernos no se efectivizaban, decían los denominados “dependentistas”.

Las teorías de la dependencia fueron elaboradas por economistas, historiadores, sociólogos y antropólogos (como Theotonio dos Santos, Fernando Henrique Cardoso, Enzo Faletto, Darcy Ribeiro y muchos otros) que se dedicaron a demostrar el fracaso del desarrollismo como resultado de no acentuar en la crítica del lazo “dependiente” fomentado por el imperialismo.⁴⁸ Varios de los dependentistas señalaron el peligro de relativizar el hecho de que gran parte de los grupos empresarios más poderosos de cada país no estaba interesado en salir del subdesarrollo sino justamente en asociarse al capital extranjero para mantener ese sistema. Y eso explicaba porque la mayoría de esos empresarios o clases dominantes apoyaron los golpes de estado en Bolivia y Brasil, en 1964, luego en Argentina en 1966 y en Chile en 1973.

La discusión que propone Darcy Ribeiro se inicia a fines de los años sesenta y justamente Darcy había sido un alto funcionario del último gobierno populista brasileño, el de Goulart, que fue derrocado por el golpe de Estado en 1964. Ribeiro era un reconocido antropólogo dedicado al trabajo con los indios de su país, intervino en la renovación de la

⁴⁸ Dos Santos, Theotonio, “La crisis de la teoría del desarrollo y las relaciones de dependencia en América Latina”, pp. 147 – 187.

educación brasileña, diseñó y fundó la más moderna casa de altos estudios de ese país, la Universidad de Brasilia, con sede en la recién construida capital nacional. Los militares brasileños lo forzaron al exilio hasta 1979.

Su experiencia política y la valoración de su trabajo intelectual justificó que lo convocaran para la renovación de las universidades de Uruguay, Venezuela, Perú, entre otras. También su experiencia científica y política le permitió reformular su obra elaborando una historia general de las sociedades americanas, que volcó en su libro *Las Américas y la civilización*, de 1967. Por eso es un buen exponente de la reflexión crítica referida a las universidades en esos años, que circuló ampliamente en Argentina. Ya que luego, hasta 1983, las universidades quedaron bajo el imperio de las dictaduras militares latinoamericanas.

Para Ribeiro las universidades de nuestro continente deben ser analizadas como agentes de lo que él llama “modernización refleja”, o sea una modernización que no resulta de la fuerza desplegada por factores internos de nuestras sociedades sino de la imitación mecánica de experiencias de los países centrales (Estados Unidos y Europa en especial). Por eso las universidades eran, según Ribeiro, un conglomerado de instituciones (notemos la diferencia con Risieri Frondizi) dedicado a reproducir ideología, o sea a repetir ideas que benefician a quienes tienen el poder y que presentan sus ideas como si representaran los intereses de todos. Y esa reproducción ideológica facilita la continuidad de la estructura social vigente. Frente a esa realidad se trata de elaborar una visión utópica desde donde partir de las necesidades de los países americanos para producir otra investigación, docencia y extensión. Para ello se trata de pensar la *función universitaria* reconociendo su dimensión política e identificando la creatividad de los sectores populares para combinarla con el saber científico. Los principios de esa universidad deberían ser: la relación con el patrón internacional del saber, la libertad de pensamiento y el compromiso con lo global y lo nacional.

La investigación de la realidad social y cultural sirve para el progreso tanto periférico como general de los hombres, esa actividad de investigación debe contribuir a criticar la dominación ideológica y política. Notemos aquí como Ribeiro vincula la dominación social con la dimensión política, entendemos entonces, por nuestra parte, que el punto a considerar es desde donde partimos para esa crítica. Ribeiro proponía elaborar un “foco de inducción” de autoimagen nacional realista e incitadora a toda la sociedad al saber, como si ese “foco” fuese un instrumento que es un espejo que simultáneamente ilumina. Por cierto que ello no resuelve el problema que plantea la continuidad de la distancia entre quienes acceden y quienes no a la universidad.

Como el argentino, el brasileño reflexiona sobre la articulación con otros niveles del sistema educativo y la expansión de la matrícula, las vías de solución tienen coincidencias abrir la universidad e intentar superar los límites que los otros niveles tienen. Pero aún así, creemos, se nos presenta el problema de cómo preservar y elevar el nivel de enseñanza, si a la vez

deseamos superar tanto el elitismo como la simulación en el trabajo académico. Nuestro curso, en el que estamos hoy empeñados en la FTS, justamente reconoce estas cuestiones como centrales para resolverlas pero también para transmitir la responsabilidad de sostener el debate entre todos, para que seamos verdaderos sujetos universitarios.

Adrián Celentano